

## PARTE PRIMERA.

### SERMON PARA EL DIA PRIMERO DE MAYO.

Maria Santisima es refugio de los pecadores, porque alcanza de Dios misericordia para la remision de los pecados, y gracia para evitarlos.

*Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiae, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*

Lleguemos pues con fiadamente al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia, y de hallar gracia para ser socorridos á tiempo conveniente.

EP. Á LOS HEB. IV. 16.

¡Qué perfectamente conocia el evangelista S. Juan la degradacion de nuestra naturaleza que nos lleva, que nos arrastra al pecado! Por esto decia en una de sus admirables cartas: «Si dijésemos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos, y no hay verdad en nosotros;» porque el justo, bien lo sabeis M. H., cae siete veces al dia, y no hay hombre limpio sobre la tierra, ni aun el niño de un solo dia. «Os escribo esto, hijitos míos, para que no pequeis, continúa el evangelista. Mas si alguno pecare, tenemos por abogado con el Padre á Jesucristo el Justo; y Él es propiciacion por nuestros pecados, y no tan solo por los nuestros mas tambien por los de todo el mundo.» Y el apóstol S. Pablo

añade estas palabras que deben servirnos de grandísima consolacion: «Tenemos un Pontífice que puede compadecerse de nuestras enfermedades. Lleguemos pues con fiadamente al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia, y de hallar gracia para ser socorridos á tiempo conveniente: *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiae, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*»

Ahora comprendemos por qué la Iglesia católica invoca todos los dias á la Santísima Virgen María, «Madre del amor hermoso y de la santa esperanza,» con estas palabras que tanto la enaltecen, y que tantos consuelos llevan á nuestro alligido corazón: «Santa María, refugio de los pecadores, ruega por nosotros.» Es que Jesus, nuestro Salvador y nuestro Dios, habiéndose ofrecido hostia y propiciacion por nuestros pecados á su eterno Padre sobre el ara de la cruz, compadeciéndose de nuestras infinitas miserias en la hora suprema ha dirigido su moribunda mirada á su buena Madre; y cerca de Ella ha visto tambien á Juan el amado discípulo, y sus entrañas de misericordia se han conmovido con vehemencia, y de su corazón amórosísimo ha brotado esta palabra que se refiere á María: «Mujer, he ahí á tu hijo,» aludiendo á san Juan; y despues á éste le ha dicho: «He ahí á tu madre,» señalando á María. ¡Ah! en esta cláusula de su solemne testamento, ha querido significar su infinita caridad para con el hombre imponiendo á su santísima Madre un deber sagrado, indeclinable, solemnisimo, que á la vez es una preciosa prerogativa que enaltece á María, y que María ha aceptado con toda la espontaneidad y ternura que tanto brillan en su nobilísima alma; el deber de la maternidad cerca de nosotros. No parece sino que Jesus entonces abdicó el derecho que ha conquistado con su pasión y con su muerte, y que á Él solo le compete de ser nuestro abogado en la presencia de su eterno Padre; porque «el único Mediador entre Dios Padre y los hombres, es Jesucristo Hombre que se dió así mismo en re-



dencion,» en precio de rescate. Mas por gracia y por participacion, ha hecho á María nuestra mediadora, la ha hecho nuestra bendita Madre, la ha constituido refugio de nosotros, pobres y miserables pecadores, en este valle de lágrimas y de incesantes desventuras.

Grande en verdad, A. H. M., aparece la Santísima Virgen María en el instante primero de su ser natural, siendo preservada de la culpa de origen con que todos nacemos manchados, y por lo tanto llena de la gracia, inmaculada y santísima; es sin duda alguna aquella mujer admirable que el amado discípulo vió en éstasis en la isla de Patmos «vestida del sol; teniendo la luna bajo de sus piés y sobre su cabeza una corona de doce estrellas resplandecientes de luz imperecedera. Grande sobre toda ponderacion se deja ver María en aquel día el mas dichoso en que un ángel la llama «llena de gracia, y bendita entre todas las mujeres;» en que se la anuncia solemnemente que «el Espíritu Santo vendria sobre Ella, y la haria sombra la virtud del Altísimo, porque el Santo de los santos naceria de ella, siendo llamado Hijo de Dios.» Grande es esta Reina del cielo y de la tierra, hija muy amada del Altísimo por sus excelsas prerogativas, y por sus eminentes y rarisimas perfecciones hasta cautivar la admiracion de los ángeles, que recíprocamente se preguntan al contemplarla: «¿quién es esta que se eleva del desierto colmada de delicias, y que brilla con un resplandor que deslumbra?» Pero no deja de ofrecerse á nuestra mirada grande y muy grande en excelencia y en bondad como Madre de misericordia, como asilo sagrado, y seguro refugio de los pecadores, como nuestra vida, nuestro consuelo, y nuestra esperanza en este valle de abundantes lágrimas. ¡Ah! «es María nuestra caucion,» como la llama S. Agustin; «nuestra medianera para con el soberano Mediador,» segun se espresa S. Bernardo; «nuestra abogada, nuestra paz, nuestra alegría,» en lenguaje de S. Efrén. ¡Cuántas grandezas revelan

estos brillantes títulos, y cuántas esperanzas traen á nuestros desconsolados corazones, extraviados por las instigaciones del pecado, y harto culpables por la malicia que han concebido!

Pues bien, A. H. M.; si es innegable que necesitamos de esperanzas y consuelos durante nuestra peregrinacion sobre la tierra, mayormente cuando tantas veces hemos conculcado los divinos mandamientos, meditemos hoy, y en los dias inmediatos sobre los consuelos y esperanzas que María nos inspira, considerando que esta Señora es verdadero refugio de los pecadores, porque nos alcanza la misericordia de Dios para la remision de los pecados, porque nos alcanza la gracia de Dios en tiempo conveniente para evitar los pecados; de esta manera nos llegaremos llenos de confianza á esta nuestra dulce Madre que es el trono de la gracia: *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*

¡Cuánta gloria ha de resultar á María de estas santas meditaciones!; y á la vez ¡cuánto fruto podemos obtener de ellas! A este doble objeto saludémosla, llamándola con el Arcángel llena de gracia.

#### AVE MARÍA.

##### I.

¡Qué triste y funesta es la condicion del hombre despues que, seducido por el orgullo, quebrantó la ley del Señor en el paraiso. Densas tinieblas de error oscurecieron su inteligencia para desconocer la verdad; sus apetitos concitados en rebelion contra la razon que guiaba sus operaciones y los actos todos de su vida, ya no obedecen á esa moderadora que Dios le habia concedido; su voluntad, inclinada al mal, lo extravía desgraciadamente; lo impulsa al pecado, lo precipita



en un abismo de punibles indiscreciones; y bien puede decir con S. Pablo: «Yo no hago lo bueno que quiero, sino lo malo que aborrezco aquello hago,» y no hago lo bueno que quiero porque lo quiero con una voluntad lánguida, ineficaz, y hago lo malo que aborrezco, porque lo aborrezco con una aversion endeble é indecisa. El hombre pues peca, y en pos de su pecado vienen los remordimientos que atormentan el corazon, remordimientos que podemos decir son una tortura anticipada de los tormentos eternos. En ese deplorable estado, todos lo sabemos, el hombre busca un refugio contra la severidad y contra la justicia de la ley que lo condena; el hombre quiere acallar lo remordimientos de su conciencia, primera ley que lo acusa, que lo reconviene y lo condena; quiere evadirse del castigo que otra ley suprema, la ley de Dios, tiene decretado. En tal situacion ¿quién no siente la necesidad imperiosa de un refugio seguro contra los males que amenazan su cabeza, y la necesidad de una proteccion, de una garantia que nos ponga á cubierto, cuanto posible sea, de las miserias que nos llevan al pecado? Este refugio es María, Madre de misericordia, esta proteccion es María, Madre de la gracia. Llegemos pues á esta Señora que nos alcanza la misericordia para la remision de los pecados: *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ ut misericordiam consequamur*. Despues os haré ver que esta misma Señora nos alcanza la gracia para evitar el pecado: *ut gratiam inveniamus in auxilio opportuno*. Que la Santísima Virgen María nos alcanza la misericordia divina para la remision de los pecados, lo demuestran su cualidad de madre, y nuestra condicion de hijos desgraciados.

Todo cuanto enaltece á esta «Madre del amor hermoso y de la santa esperanza,» se refiere precisamente á Dios y al hombre; y todo cuanto María ha practicado en la tierra, y todo lo que hoy practica en el cielo no tiene otro objeto. He aquí por qué todas las glorias de la Virgen Santísima y nues-

tras esperanzas están condensadas en su doble titulo de Madre de Dios en Belen y Madre de los hombres en el Calvario. Esta doble maternidad, que abraza toda la vida de Jesus nuestro Salvador sobre la tierra, es el fundamento de nuestra confianza para llamar á María «refugio de los pecadores.» ¡Ah! la elegida entre millares, la mas bendita entre todas las mujeres que fué sublimada á la dignidad altísima de Madre de Dios, fué dotada tambien de un corazon siempre propicio, siempre dispuesto á socorrernos, de un corazon de madre de los pecadores, pues «todos los tesoros de las misericordias del Señor están en sus manos,» á dicho de san Pedro Damiano; y por esto S. Bernardo, para alentarnos á buscar el remedio de nuestros males en nuestra condicion miserable de pecadores, lo hace diciéndonos: «Busquemos la gracia y busquémosla por la intercesion de María; porque Ella encuentra todo lo que busca, y no pide jamás cosa que no alcance.» Es la Madre de Dios: *María de qua natus est Jesus*; es la Madre de los hombres: *ecce mater tua*.

Ahora bien, A. H. M.; ¿esta soberana Señora tendrá ocioso ese poder sublime que Jesus nuestro Padre y nuestro Dios le ha conferido llamándola Madre, y designándola en la hora solemne de su agonía en la cruz por Madre nuestra? ¡Ah! si diéramos lugar en nuestras almas, siquiera fuera por un momento, á este pensamiento desconsolador, haríamos á María la mayor ofensa, porque esto equivaldria á decir que la Madre cariñosa y santísima que nos adoptó por hijos en las cumbres del Calvario por mandato espreso de su divino Hijo: *mulier ecce filius tuus*, habia desatendido su altísima y bienhechora mision; y ya comprendereis que esto es una horrible blasfemia. Lejos de suceder así, María que sabe que su Hijo santísimo la ha dicho con mas fundamento que Salomon á Betsabé: «Pide madre mia; pues no es razon que yo te haga volver el rostro» ni que te retires confusa y avergonzada de no haber logrado lo que me pides; María al



contemplar la inmensa familia que ha adoptado, familia que por desgracia lleva el estigma del pecado, porque en pecado hemos sido concebidos todos, y todos somos pecadores, compadecida de nuestra desgracia, y con entrañas de misericordia nos dice las mismas palabras que tantas veces ha pronunciado su benditísimo y divino Hijo: «Venid á mi todos los que estais trabajados y abrumados del peso de vuestros pecados, y yo os aliviaré:» *venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos.*

¡Ah! ¡cómo se dilata entonces el corazón de los hijos de María con santas efusiones de amor y de esperanza! ¡qué estensos horizontes de clemencia, de perdón y de ventura se descubren entonces á sus ojos, y qué plegaria tan tierna y llena de confianza brota de todos los corazones y de todos los lábios! «Dios te salve Reina y Madre de misericordia, repiten todos los pecadores, vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve. Nosotros desterrados en este valle de lágrimas, á ti llamamos, á ti suspiramos; vuelve pues á nosotros esos tus ojos de misericordia; ruega por nosotros pecadores, ¡oh! Santa María, Madre de Dios, y pues eres abogada nuestra, dignate hacer que veamos al divino Salvador fruto bendito de tus preciosísimas entrañas.» Y no se diga por Dios que muchos de los que así suplican son grandes pecadores; ¿y cómo han de ser oídos por la pura, por la santa é inmaculada María? No injurien de este modo el maternal corazón de nuestra Madre los hombres de poca fe y de menguado corazón; porque á medida que mayores y mas frecuentes son los pecados de sus hijos, estos son mas desgraciados, y por lo tanto mas dignos de la compasión de María; por esto no vacilo en invitarlos á que «se lleguen confiadamente á este trono de gracia para que consigan misericordia: *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur.*

Y en efecto, A. H. M.; yo recuerdo haber leído en el

Pentateuco que durante la ley mosaica se habian designado, entre las cuarenta y ocho ciudades destinadas para la tribu de Leví, seis de ellas, tres de la otra parte del Jordan, y otras tres en la tierra de Canaan, que sirviesen de asilo, y adónde pudieran libremente refugiarse, tanto los hijos de Israel, como los extranjeros y peregrinos que hubiesen sido culpables de determinado delito, cometido por inadvertencia. Estos lugares de refugio no solamente eran conocidos por sus nombres, sino tambien los caminos que conducian á ellos debian ser llanos á fin de que fueran practicables y de fácil acceso para la ciudad, con el objeto de que los culpables pudieran refugiarse fácilmente y sin peligro de ser cogidos.

Empero estas ciudades de refugio para los culpables ¿qué tienen que ver con la mística ciudad de Dios María «cuyos fundamentos están en los montes santos, y cuyas puertas de esta Sion sagrada ama el Señor mucho mas que á todos los tabernáculos de Jacob?» Esas ciudades de asilo no eran sino una pálida figura de esta ciudad viviente de Dios que nosotros poseemos en la ley de gracia; porque en aquellas no se ofrecia seguridad á todos los delincuentes; en tanto que esta ofrece seguro asilo á todos los pecadores. ¡Ah! María recibe amorosísima, y salva á todos los que buscan refugio bajo el manto de su celestial proteccion. Importa poco, A. H. M., que esos desgraciados hayan abusado tantas veces de las gracias con que el Señor nuestro Dios iluminó sus inteligencias y quiso mover santamente sus corazones; importa poco que ellos hayan quebrantado infinitas veces los divinos mandamientos, y conculcado sin temor las prescripciones inquebrantables de nuestro buen Dios; importa poco en fin que ellos hayan menospreciado los llamamientos que este Señor les hiciera; ¿buscan á María con un corazón contrito y humillado? ¿la invocan como á Madre de misericordia y de clemencia? Pues María está siempre pronta á escuchar esas súplicas que la dirige el pecador arrepentido. Ma-



ría se ofrece á este por grandes y numerosos que sean los crímenes con que haya mancillado la pureza de su alma, para ser su intercesora, y alcanzarle la remision de sus pecados, no de otra manera que la madre de un rey justamente irritado contra un súbdito rebelde consigue el perdón de este que se ha prosternado á los piés de esa madre benéfica, y que ha implorado con lágrimas la generosidad de su proteccion: *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur.*

Tal vez, A. H., no hayais olvidado que un día los israelitas en el desierto por donde caminaban libres de la esclavitud de Egipto, y dirigiéndose á la tierra de Canaan que se les habia prometido, irritaron al Señor por su inconcebible ingratitud, y por una infidelidad que merecía el mas severo castigo. Este castigo estaba decretado; la ruina de aquel pueblo era inevitable, le esperaba una muerte segura. Moisés, el fiel servidor de Dios que acaudillaba á ese pueblo, no puede menos de consternarse profundamente; y habiendo vuelto al Señor, se prosterna en su presencia, intercede por el pueblo para que le perdone, y en tono de ruego el mas fervoroso y eficaz le dice: «Este pueblo ha cometido un grandísimo pecado, y han hecho para si dioses de oro. Pues bien; ó perdónales, Dios mío, esta culpa, ó si no lo haces, bórrame de tu libro que has escrito:» *aut dimitte eis hanc noxam, aut si non facis, dele me de libro tuo quem scripsisti.* El Señor se apiada de aquel pueblo, y por entonces le perdona por los súplicas de Moisés.

Nadie puede desconocer, A. H. M., que tambien nosotros hemos pecado como los hijos de Israel; tambien nosotros hemos correspondido con negra ingratitud á tantos y tan señalados beneficios como el Señor nos ha dispensado; tambien nosotros hemos sido infieles á las solemnes promesas que hicimos á nuestro buen Dios, y hemos olvidado nuestros deberes, y hemos quebrantado los divinos mandamien-

tos, y hemos profanado nuestra dignidad de cristianos con sacrilega impiedad hasta levantar altares al becerro de oro del positivismo de nuestra época, y á todos los ídolos que nuestras locas pasiones han erigido para tributarles la adoracion que solo á Dios es debida. ¿Quién puede dudar que el castigo amenaza nuestras cabezas, y que la cólera de Dios ha de lanzar sobre nosotros los rayos de su inexorable justicia? Y en tan crítica situacion ¿quién intercederá por nosotros? ¿quién se interpondrá entre la justicia de Dios ofendida y nosotros que la hemos provocado insensatamente? ¿quién subirá al monte santo de la gloria para alcanzarnos propiciacion? ¡Ah! no lo dudemos un momento; nuestra Santísima Madre, la que es esperanza y auxilio de los cristianos, la que se gloria de ser refugio de los pecadores, María que nos adoptó por hijos en el Calvario, que es el trono de la gracia. María, que escede infinitamente en misericordia al caudillo de Israel, levantará su voz suplicante en favor de los pecadores, y como siempre nos alcanzará misericordia. ¡Bendita sea de todas las generaciones!: *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur.*

Pero no es esto solo; esta Madre cariñosa no es únicamente refugio de los pecadores, alcanzándonos la remision de nuestros pecados; es tambien refugio de los pecadores para conseguir de su Hijo santísimo las gracias necesarias en tiempo conveniente para que evitemos el pecado: *et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*

## II.

Ciertamente, A. H. M., que no merece el hermoso titulo de madre solícita, madre diligente, buena madre aquella que se contenta con reparar los males que han sobrevenido á sus hijos, consolándolos en ellos y restituyéndoles la dicha de que carecian. Se llama con propiedad madre solíci-



ta, diligente y buena la que, no solo repara esos males, sino que tambien los previene con cuidado, hace por evitarlos, y emplea todas aquellas precauciones que son absolutamente necesarias, á fin de que los hijos de su corazon no se desvien de la senda del bien para precipitarse en los caminos del mal, ni busquen ni permanezcan en aquellos peligros que puedan ocasionarles algun daño ora para el alma, ora para el cuerpo. ¡Ah! si todas las madres tuvieran presente este deber sagrado, cumpliéndolo con exactitud y religiosa diligencia ¡cuántos sinsabores, cuántos pecados y desgracias evitarian á sus pobres y queridos hijos, y cuántas lágrimas dejarian de verter ellas mismas por su imprevision, por su descuido, y punible abandono! Yo apelo al testimonio de vuestra conciencia, si algunas habeis tenido la desgracia de no atender como debiérais á la educacion esmerada de los hijos que hoy tal vez hagan vuestra vida amarga, insoporable, despues que ellos arrastran una existencia miserable y harto desdichada, segun esta sentencia del Espiritu Santo: «El jóven que es dejado á su voluntad avergüenza á su madre: *puer autem, qui dimittitur voluntati suæ, confundit matrem suam.*»

La Santisima Virgen María, que como sabeis, es nuestra verdadera Madre, ha merecido este glorioso título en toda su extension, porque no es solamente el refugio de sus hijos pecadores para alcanzarles misericordia; es tambien el refugio de sus hijos para conseguirles aquellas gracias necesarias para que no caigan en pecado: *et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.* ¡Ah! esta mujer bendita entre todas las mujeres, hija de Adan por naturaleza, ha vivido nuestra vida en este lugar de destierro. María ha respirado el aire que nosotros respiramos; ha comido con nosotros el pan que comemos amasado con lágrimas; en sus venas corre la sangre nuestra y es hermana nuestra, y consustancial á nosotros por la naturaleza; y si bien por gracia y por miseri-

cordia ha sido constituida madre nuestra esenta del pecado, y de las punibles consecuencias del pecado, sin embargo, conoce nuestras debilidades; comprende perfectamente nuestra lamentable inclinacion á la culpa, y sabe, aunque no por propia experiencia, que nuestras miserias nos arrastran lastimosamente al pecado. Constituida por Dios madre de los hombres, y amándoles entrañablemente, y deseando, como su divino Hijo Jesus «que todos se salven y que todos vengan al conocimiento de la verdad evangélica,» que es el único medio que hay para salvarse, emplea su solicitud maternal, sus desvelos todos, y todo su valimiento en obtener del cielo aquellas gracias que nos son de absoluta necesidad para cooperar con los auxilios primeros que hemos recibido, aquellas gracias en fin que consuman nuestra justificacion sobre la tierra, haciéndonos perseverar hasta el fin para ser salvos: *qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.*

Para demostrar estas importantes verdades, yo desearia A. H., sorprender esos secretos del corazon humano que apenas conoce en toda su extension el mismo que los experimenta; esos secretos inefables que velan la lucha del bien con el mal, que ocultan á los ojos de los demás aquellos combates temibles en que las pasiones humanas, el poder del infierno y los atractivos del siglo, haciendo esfuerzos para posesionarse del corazon, pretenden vencer las justas y nobilísimas repugnancias que opone la recta razon ilustrada por la fe cristiana. ¡Ah! en esos momentos de terrible angustia, de agitacion violenta, de solemne crisis en que va á decidirse por la voluntad humana la terrible desventura del alma ó su dicha, consintiendo con la tentacion ó rechazándola con valor, el hijo de María, el devoto de esta Madre del amor hermoso y de la santa esperanza ¿quién sabe si recuerda la nobleza de su origen habiendo sido adoptado por hijo de María? ¿quién sabe si ha pronunciado este nombre